Zamora, Martha. Frida Kahlo: cartas apaixonadas. Rio de Janeiro: José Olympio, 1999. 158.

El lado masculino del Árbol de la Vida, a través de tres jeraquías angélicas, de acuerdo con Athanasius Kircher

José Antonio Pérez Diestre*

Si nos remontamos a los orígenes de la cultura occidental nos encontraremos con diferentes concepciones explicativas del mundo, cuya preocupación central es el origen y naturaleza de la vida y la evolución del Hombre y del Universo. Cada una contribuyendo a la construcción de mitos e ideas que quedarán en el inconsciente colectivo como remanentes arcaicos, orientando de esta forma nuestro actuar dentro de la sociedad en casi todos los ámbitos de nuestra vida: la sexualidad, la idea del bien y del mal, el amor, las ideas de lo femenino y lo masculino, por citar algunos. De ahí que sea comprensible en nuestro tiempo el hecho de que se den por definidos los papeles masculino y femenino y la importancia de escudriñar sus orígenes con la intención de desmitificarlos y ser conscientes de la libertad humana en la construcción de cada uno como sujeto.

Desde hace algunos años surgió en mí la preocupación por el estudio iconográfico de los ángeles en la cultura occidental, pues considero que es una forma de indagar aquellos aspectos oscuros e incomprensibles de lo humano, un modo de acercamiento a lo inconsciente y simbólico cuya "misión ... es dar sentido a la vida del hombre" (Jung 55). Dichas ideas me invitaron a emprender un viaje a través de lo instintivo de la psiqué humana, especialmente en aquellas representaciones colectivas plasmadas en diferentes manifestaciones artísticas donde estuviera presente ese símbolo: el ala, que, de hecho, no es una mera ornamentación en las figuras que se representan comúnmente en lienzos, frescos y óleos, sino que es superior a este aspecto, ya que trabaja simbólicamente en un sentido más profundo que el de la primera percepción.

Considerarlos como eternos nos da la oportunidad de clasificar algunos símbolos como constantes de la tradición cultural humana, por lo cual, podemos concluir que el ala es un símbolo eterno que sigue fluyendo a través de diversas culturas que le han visto reproducir esquemas de vida: nacimiento, reproducción y muerte (Jung 105), y que, a pesar de esto, ha cerrado e iniciado ciclos vitales en nuestro desarrollo cultural desde culturas no cristianas, como la de Egipto y Mesopotamia hasta el nacimiento de Occidente (Grecia, Roma), continuando en el Medioevo, Renacimiento, Barroco, Neoclasicismo, Romanticismo, Realismo y a través de todas las vanguardias de la Historia del Arte.

Un lugar en donde confluyen las ideas antedichas, es decir, la construc-

* Profesor-investigador de la Maestría en Estética y Arte de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

ción de remanentes arcaicos sobre las ideas de lo femenino y lo masculino, el símbolo angélico y las dos anteriores como formas de entender al hombre en su dimensión inconsciente, es la obra de un autor del siglo XVII, me refiero a Athanasius Kircher (figura 1).

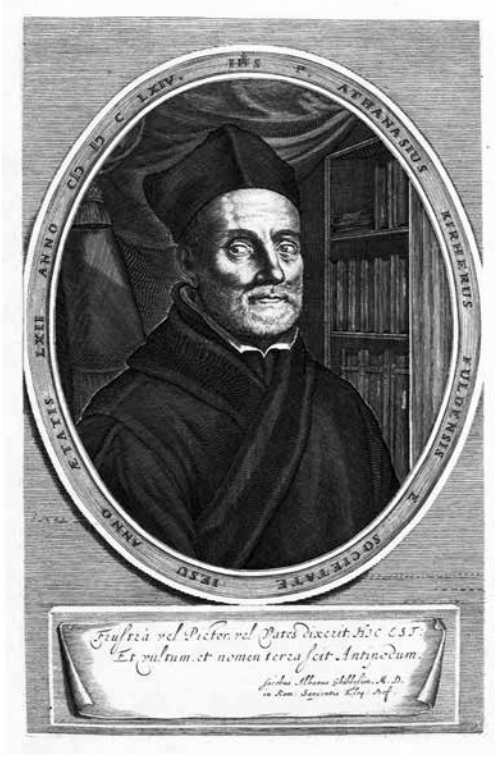

Figura 1. *Retrato de Athanasius Kircher.*

Athanasius Kircher

Athanasisus Kircher fue un jesuita alemán que nació en 1601 ó 1602 —los historiadores todavía no se ponen de acuerdo al respecto—, profesó y vivió gran parte de su vida en Italia y ha sido considerado como el último hombre del Renacimiento. Humberto Eco dice que es "el más contemporáneo de nuestros antecesores y el más trasnochado de nuestros contemporáneos" (152). Kircher incursionó en vastos campos del saber: desde la acústica, el magnetismo, la vulcanografía, la óptica y diferentes tecnologías hasta la egiptología, la sinología, la arqueología bíblica y romana, la corografía, la aritmología y la musicología (Gómez 13).

Su obra articula tanto elementos de la observación natural como teorías filosóficas de influencia platónica y concepciones religiosas. Posee una visión intelectual que confluye entre la expansión mundial y progresista de la Compañía de Jesús y los pensadores renacentistas por su admirable síntesis de platonismo, pitagorismo, kábbala, hermetismo y lulismo. En resumen, la polimatía de Kircher congenia con una espiritualidad cosmopolita, a la vez platónica y cristiana (Gómez 13).

Athanasius Kircher incursiona en una infinidad de ramas del saber. Propone una teoría global de la Tierra, introduciendo la idea del "Geocosmos", que es el mundo terrestre, como unidad intermedia entre el *macrocosmos* y el *microcosmos*. Además, teoriza acerca del Árbol de la Vida sefirótico de los cabalistas, tema del presente artículo, en el cual pretendo destacar la parte derecha de este símbolo, que corresponde a la parte masculina y que abarca las esferas del co-

nocimiento, la misericordia y la victoria.

El Árbol de la Vida sefirótico

Para Kircher, la antigua sabiduría de los judíos proviene de Egipto a través de Moisés, resguardada por la cofradía esenia a la cual perteneció y que se piensa fue la hermandad a la que estaba inscrito Jesús de Nazareth, en la que se practicaba la curación de cuerpos y almas (el término "esenio" significa "médico").

El centro de la creencia esenia era precisamente el Árbol de la Vida (figura 2), que tenía siete ramas que llegaban hasta el cielo y siete raíces que se hundían en la tierra, representando a las siete mañanas y las siete noches de la semana (Godwin 57). También, el Árbol de la Vida, constituye el principal símbolo metafísico de los cabalistas, señala Philip Berg. Está compuesto por diez *sefirót* o esferas: *Keter* (Corona), *Jojmá* (Sabiduría), *Biná* (Inteligencia), *Jésed* (Piedad), *Guevurá* (Juicio), *Tiféret* (Belleza), *Netzaj* (Victoria), *Hod* (Gloria), *Yesod* (Fun-

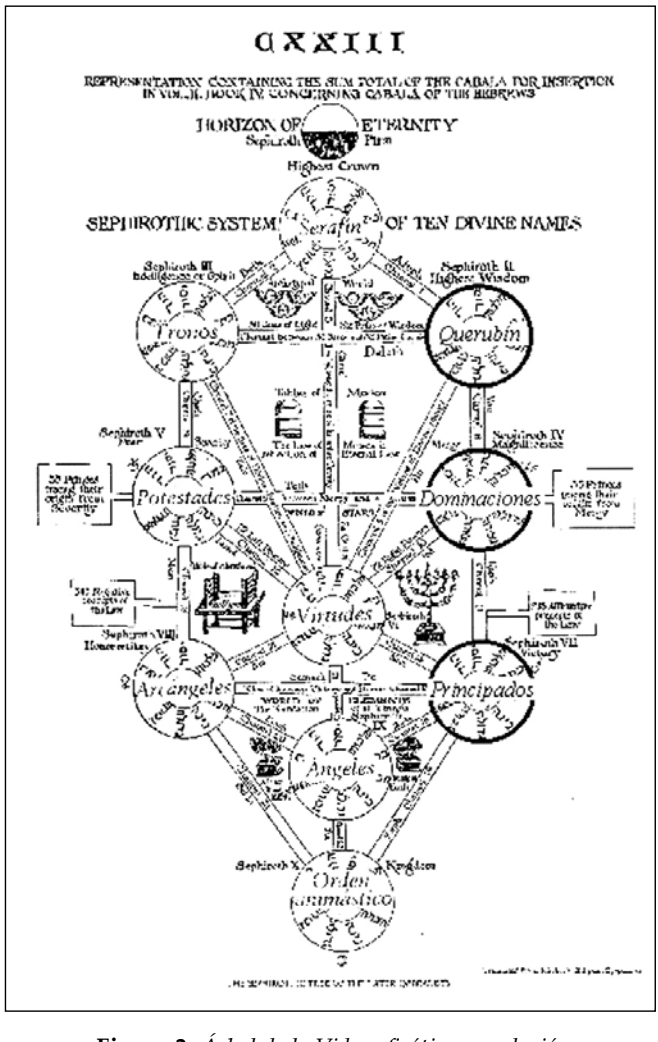

Figura 2. *Árbol de la Vida sefirótico en relación con las jerarquías angélicas.*

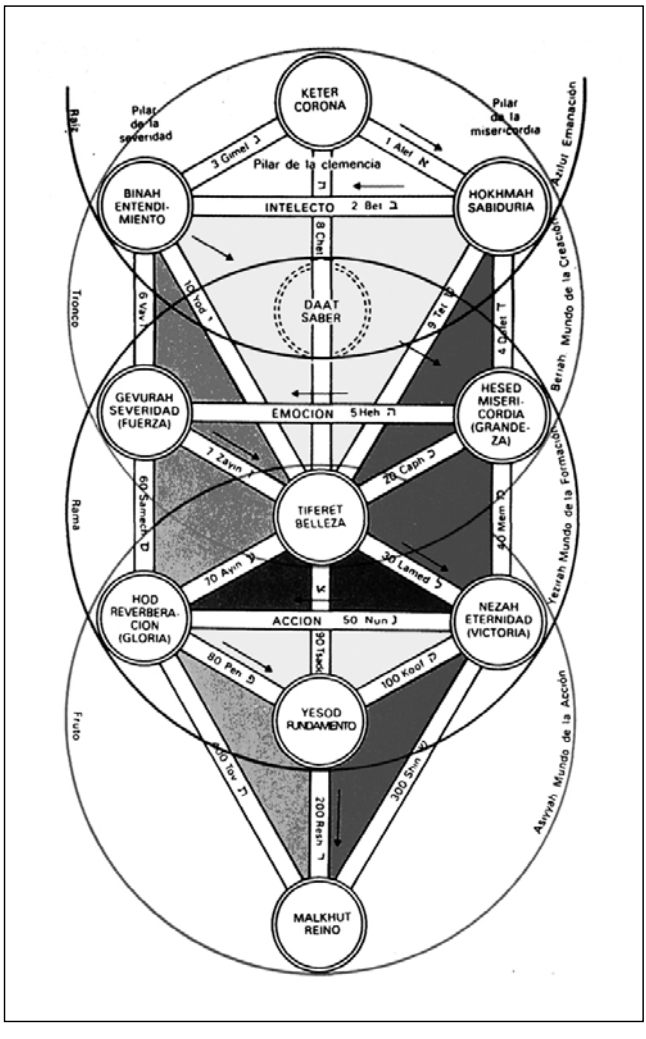

Figura 3. *Árbol de la Vida sefirótico, según la tradición judía.*

damento) y *Maljút* (Reino), como se aprecia en la figura 3 (*Una entrada…* 107).

Además de crear al Hombre Primordial (*Adam Kadmón*) —concebido como un mundo—, el Todopoderoso ha creado, según la tradición judía, otros cuatro mundos: *1)* Emanación *(Atzulút)*, *2)* Creación *(Briá)*, *3)* Formación *(Yetzirá)* y *4)* Acción *(Asiyá)*. Y las *sefirót* incluyen esos cuatro mundos. El mundo de la Emanación pertenece a la sefirá *Jojmá* (Sabiduría); el mundo de la Creación a *Biná* (Inteligencia); el mundo de la Formación a la sefirá *Tiféret* (Belleza); y el mundo de las Acciones a *Maljút* (Reino) (109). Sin embargo, cada uno de estos mundos contiene individualmente a las diez *sefirót*, porque incluso la parte más pequeña de cada mundo, o las distintas disciplinas o facetas, las contienen, como lo

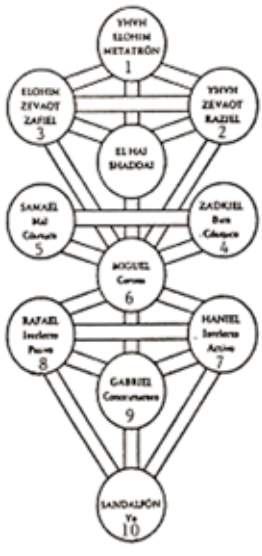

Figura 4. *Angelología.*

Figura 5. *Fases del desarrollo.*

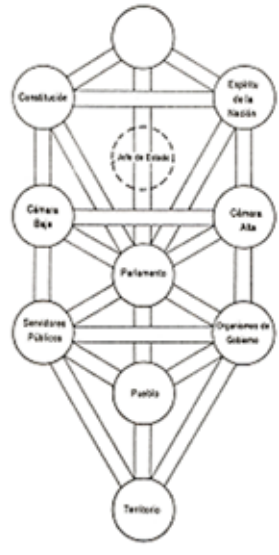

Figura 6. *Parlamento.*

muestran las figuras 4, 5 y 6.

Las *sefirót* están alineadas en tres columnas que forman la base abstracta de la existencia humana, a saber: lo positivo o masculino (lado derecho), lo negativo o femenino (lado izquierdo) y lo equilibrado o neutro (columna central). Ésta última se constituye como un puente entre las columnas derecha e izquierda y permite, como afirma Berg, "que la energía del aspecto de impartir de la derecha, haga uso de la energía de la izquierda" (*La conexón…* 102). De lo anterior se sigue que, un sistema equilibrado depende del funcionamiento de las tres columnas en armonía.

El Árbol de la Vida funge como un esquema que reúne la sabiduría tradicional y da cuenta de la creación de un paralelismo entre el origen del mundo, el Sol, los planetas, los elementos, las cuatro estaciones, el hombre y las veintidós letras del alfabeto hebreo —divididas en una tríada, una optada y una dodecada—.

Las esferas o *sefirót* se interconectan unas a otras mediante los caminos conectantes, en total veintidós, simbolizados por líneas y números del once al treinta y dos, así como por las letras del alfabeto hebreo. El símbolo en su totalidad está formado por treinta y dos elementos, las diez esferas y los veintidós caminos.

Las diez *sefirót* fueron descritos por los antiguos cabalistas como las emanaciones del Absoluto o del *Ain*, la Nada, ya que el árbol es un diagrama de máxima universalidad que sirve como la llave que abre las potencialidades de todos los niveles del universo. De este modo, cada sefirá es un microcosmos en el que se refleja el Todo. De ahí que, en cada círculo, se lean los nombres hebreos de todos los demás.

Como puede deducirse, cada sefirá tiene sus particulares propiedades metafísicas y sus atribuciones simbólicas al igual que los senderos, que son las representaciones del equilibrio y de la armonización de los conceptos de las esferas que conectan. Múltiples atribuciones se pueden aplicar a este árbol. Desde el punto de vista cosmológico, las siete *sefirót* interiores son los siete planetas de los caldeos, en tanto que la tríada superior, significa, según Kircher, la esfera de las estrellas fijas, el *Prium bobile* y el *Empireo* se corresponden también con los diez nombres de Dios, los diez arcángeles, las nueve órdenes angélicas, más las almas de los hombres y la constitución humana.

Para el propósito de este artículo, nos concentraremos únicamente en el

lado derecho del Árbol de la Vida —el lado masculino—, compuesto por tres *sefirót*: *Jojmá* (Sabiduría), *Jésed* (Misericordia, Magnitud o Grandeza), y *Netzaj* (Eternidad y Victoria), que, de acuerdo con Athanasius Kircher, corresponden —respectivamente— a las jerarquías angélicas siguientes: querubines, dominaciones y principados.

Querubines

La palabra "querubín" significa: "el que intercede, o conocimiento". Tanto en la cultura judaica como en la cristiana, se decía que Dios había situado al Este del Edén a los querubines y a la Espada Invencible para custodiar el camino hacia el Árbol de la Vida. Según las fuentes más antiguas, los querubines son los guardianes del conocimiento y la ciencia. Esta jerarquía custodia y añade sus vibraciones a la sustancia divina para que —aun sin materializarse— circule por otras jerarquías. En la Biblia aparecen como los primeros ángeles, pero también se piensa que son los últimos en llegar a la jerarquía angélica. Los primeros querubines fueron los monstruos guardianes de la antigua Babilonia. En la tradición hebrea tienen cuatro alas y cuatro caras, en esta representación son portadores del trono de Dios y conductores.

Si seguimos la simbología de la tradición, el querubín es el tetramorfo, de cuatro cabezas, las cuales significan —entre otros contenidos— los cuatro puntos cardinales, asimismo, simboliza la Cruz, cada cara es un brazo, que, a su vez, es un elemento que parte del centro de donde emana la energía divina. Pueden significar también los cuatro animales que representan los cuatro signos fijos del zodiaco: Tauro, correspondiente al animal toro y al elemento tierra, nos da cuenta del trabajo y el esfuerzo, personifica al evangelista Lucas. Leo, por su parte, es representado por el león y vinculado al elemento fuego, es la fuerza, el movimiento, la insurrección, tiene correspondencia con el apóstol Marcos. Escorpio, cuyo símbolo es el águila, nos remite al elemento agua, está relacionado con lo que es espiritual y se eleva, es la ascensión personificada por Juan. Finalmente, Acuario, que es el propio ser humano y cuyo elemento, el aire, simboliza todo lo que tiene que ver con el intelecto; el evangelista que se vincula a este elemento es Mateo. En conclusión, simbolizan el enigma de la esfinge, con las cuatro reglas fundamentales de la conducta humana: saber con la inteligencia del hombre, querer con el vigor del león, osar o revelarse con el poder de las alas del águila y callar con la fuerza concentrada del toro.

La esfera con el número dos, ubicada al lado derecho por los querubines, es masculina y su vibración es la del Conocimiento y la Sabiduría que emana de Dios en forma positiva y es la parte central del poder del Universo.

Dominaciones

De esta jerarquía, correspondiente a la esfera cuarta, podemos decir que con vehemencia lleva a todos los espacios el nombre divino y regula las obligaciones de los ángeles. De acuerdo con los antiguos escritos, su función es la de ayudar a ver claramente y con cercanía el nombre de Dios con la finalidad de invocarlo cuando se necesite, son cauces de misericordia, de amor y poseen la fortaleza viril. En otras palabras, son los ejecutivos del Cielo, supervisan el movimiento del Universo para que se lleve a buen fin el plan divino. Es importante señalar que coordinan la interacción del mundo espiritual con el mundo físico. Y una vez que prescriben las normas —por las que los mortales deberán regirse y así alcanzar el crecimiento espiritual—, las manifiestan como revelaciones y hacen

que el alma se vaya purificando y vivificando en lo divino. La conciliación entre lo terreno y lo divino les es inherente, pues por principio preparan los entornos cada vez más físicos —circunstanciales—, en los que descenderá el hombre, en donde luchará para volverse tal y al final lo iluminan en el ascenso a lo celestial.

De esta jerarquía se desprende toda regencia sobre los mundos de las formas, es la esfera de los maestros que, después de haber alcanzado el fin de su ser —trascendiéndose—, deciden volver a lo mundano para enseñar a la humanidad. Sin embargo, no mediante órdenes, sino respetando el libre albedrío y permitiendo el cauce de su desarrollo. Es la parte amorosa que habla con pasión y que a la vez regula las obligaciones de los elementos constitutivos del Cosmos.

Principados

Inicialmente, los principados eran considerados como un orden que tenía bajo su poder el gobierno de las naciones y las grandes ciudades de la tierra, pero poco a poco fueron extendiendo su dominio como protectores de la región, partiendo de una visión del bien y del mal. Además, velan por el gobierno temporal y espiritual de la humanidad, tienen la capacidad de orientarse plenamente hacia el principio de todas las cosas y, como príncipes, guían a otros hacia aquél. Representan la victoria en la consecución de los fines, son, en esencia, fijeza y valor para que una obra no esté vacía. Asimismo, rigen los procesos involuntarios o instintivos. Las dos ideas que los conforman son la belleza y el poder, aunque otra —no menos importante— es que se relacionan con la fuerza de los elementos irracionales y volitivos, como el amor, la pasión y la atracción. En esta esfera encontramos los aspectos de la creación, de donde los artistas o científicos adquieren su inspiración. Así, pues, los principados ayudan en el vasto quehacer de la producción creativa.

Éste ha sido el modo de explicación del Cosmos por el que nos lleva Kircher. La explicación primigenia del mundo y las leyes que lo rigen, fundadas en el poder masculino y sus encarnaciones que nacieron para dar cuenta del mundo, que han permanecido y hoy vale la pena revisarlas desde otra óptica. El Árbol de la Vida es un pretexto para volver a pensar el papel que sobre la creación del mundo le es asignado al hombre y cómo se ha planteado en la actualidad.

La interpretación kircheriana no deja de ser reveladora y atrayente, pues pone de manifiesto el papel preponderante de la masculinidad como forma y fondo, como principio y fin del mundo en la concepción del origen de la vida, y esto desde los elementos físicos hasta los espirituales, considerados como un patrimonio exclusivo de lo masculino.

BIBLIOGRAFÍA

Berg, Philip. *La conexión cabalística*. Nueva York: Centro de Investigación de la Cabalá, 1992.

—. *Una entrada al Zóhar*. Nueva York: Centro de Investigación de la Cabalá, 1997.

Eco, Umberto. *Historia de la belleza. Italia: Lumen, 2006.*

Godwin, Malcom. *Ángeles*. Barcelona: Editorial Robin Book, 1991.

Gómez de Liaño, I. *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*. Madrid: Ediciones Siruela, 2001.

Jung, Carl Gustav. *El hombre y sus símbolos*. España: Paidós, 1964.